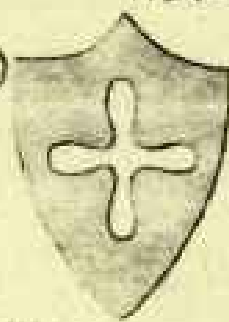
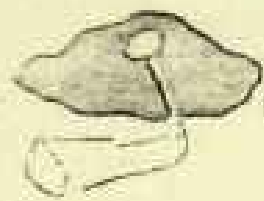


n.º 294530

Pelayos



Boletín de los Pelayos del Encanto de Asturias

**CEDOC
FONS
A. VILADOT**



PELAYO: Recuerda las fechas carlistas durante este mes

Día 1 de abril de 1860. – Zarpa de Palma de Mallorca el Rey D. Carlos VI con la famosa expedición del Capitán General D. Jaime Ortega.

Día 7 de abril de 1872. – El jefe catalán Castells se lanza al campo en Gracia.

Día 14 de abril de 1872. – S. M. C. el Rey Don Carlos VII ordena el alzamiento en toda la Peínsula, al grito de ¡Abajo el extranjero! y ¡Viva España!, dando comienzo la nueva Guerra Carlista.

Día 18 de abril de 1860. – Es fusilado en Tortosa el general D. Jaime Ortega, después del fracaso del movimiento de San Carlos de la Rápita.

Día 26 de abril de 1871. – D. Alfonso-Carlos contrae matrimonio en Heubach (Baviera) con la Princesa de Portugal D.^a María de las Nieves.

Día 29 de abril de 1793. – Nace en Lisboa D.^a María Teresa de Braganza, Princesa de Beira.

EDITORIAL

Españoles:

Cuando quien con gesto noble y visión certera debe dirigir los destinos de una Nación (que es la primera, de entre las primeras, tratándose de España) antepone al apostolado de Patria, las ambiciones personales e inconfesables de su clientela, lanzando a los verdaderos ciudadanos fuera de la Ley, un deber de conciencia, que con voz patriótica clama en todos los corazones, obliga a desplegar la Bandera, única solución política e histórica, y un «ADELANTE» heroico sale de nuestros pechos para que cada cual, desde el puesto asignado por nuestras Directrices, cumplamos con nuestro ineludible deber, barriendo de una vez de nuestra querida España la liberalización que la desgobierna y el lodo que la cubre.

Llegó por fin la hora decisiva. Esta hora tan temida para los neomedialicis y tan deseada para los hombres Carlistas, cuyos banderas cobijaron innumerables mártires, y que a pesar de todas las persecuciones se mantuvieron siempre enhieltos, tremolando al viento las rojas Cruces de Borgoña.

Aquí estamos, como siempre hemos estado los Carlistas, dispuestos al sacrificio por inmenso que éste sea, con la bandera de aquel 18 de julio la bandera de nuestro Dios, la bandera de la Patria, junto con sus fueros, a las órdenes del Rey, la bandera que nunca abandonamos ni abandonaremos; ni aun cuando nuestros amigos prefirieron mejor pasearse en el carro de aquella Victoria ganada a costa de nuestros requetés. Aquí estamos los Pelayos del Principado de Cataluña, en pie y sin miedo al sacrificio, fija la vista en tantísimos mártires de nuestros guerras, compenetrados de su espíritu, imbuidos en el recto amor a lo que Ellos defendieron, atentos sólo a nuestros Mandatos, dispuestos a completar de una vez, y ésta para siempre,

pre, su obra de regeneración de la sociedad actual bajo los brazos de la Monarquía Tradicional, que devolverá a España la gloria y el honor. Ya, señores, aquí estamos.

Aquí estamos frente al Régimen, que vivimos, porque somos católicos y españoles. Y con nosotros está el sano pueblo español, este pueblo de todas las clases sociales que sufre. Aquí estamos frente al imperio del «tróperlo» oficial y particular, cuando la corriente «del bolchevismo triunfante — como ya decía Mella — se extiende por toda Europa». ¿Con qué lo vamos a contener? ¿Lo vamos a contener con esos partidos oficiales y locales y contrahechos, fragmentos exagerados de un principio nuestro, como el catalanismo y el bizcarrismo, tan elocuentemente criticado por los señores Pradera y Careaga? Yo creo que si esas gentes no avivan el seso, cuando llegue la hora sangrienta, los va a sorprender bailando sardanas y zortecios al borde de un cráter.

Para la salvación de España y de todos los españoles, nutridos nuestros cuadros militares y políticos, no rezamos y protegidos por el Gobierno, sino en pie, dando frente al enemigo y dispuestos a marchar en columna de ataque con el patriotismo que exalta para conseguir el resurgimiento de la raza hispana, raza de héroes de mártires y Santos.

Español que nos lees, no veáis en nuestras cosas una propaganda más para obtener el poder, no veáis en nosotros hombres locos de ambición de gobierno; no, que tra Comunión Carlista, con sus secciones, es renunciamiento, ofrenda a Dios, por España a las órdenes del Rey.

Carlistas: Abrid los ventanales de nuestra Patria al sol, porque el sol del resurgimiento que defendemos apunta ya sus rayos en las cimas del Montserrat.

PELAYOS: VIVA CRISTO REY
VIVA ESPAÑA, VIVA LA REGENCIA

D I O S

La Religión y el Carlismo

Catolicismo, esto es lo que necesita el mundo, y más concretamente España. Nuestra querida España fue la que más batallas riñó por la Religión y la que con más celo se guardó del contagio de las epidemias sectarias. Y cuando tuvo aquel celo y aquel cuidado en su devoción mariana, fué cuando se parramó por el mundo, su hispanidad y cimiento e gran imperio del que todavía queda nuestra lengua, nuestras costumbres y nuestra sangre, porque si materialmente lo perdimos todo, como dijo nuestro García Sanchiz, en el imperio espiritual de España sigue sin ponerse el sol.

Pero todo eso fué posible por el Catolicismo. La Religión es la que nos llevó a la defensa de nuestra independencia, la que nos hizo ser Nación y la que nos empujó al descubrimiento y evangelización de nuevas tierras que vivían en las tinieblas del error y de la barbarie. Es que entonces habla un ideal nacional a que iba vinculado un ideal religioso, principal de todos nuestros movimientos interiores y exteriores. Mas todos los enemigos de fuera, coagidos por la envidia a nuestra grandeza, quisieron acabar con el poderío español, y no les faltaron colaboradores dentro, que fueron los peores enemigos de la Patria. Entre todos importaron las ideas enciclopedistas, liberales, germen de todos los males; entre todos tejieron la infame «Leyenda Negra». Unos y otros sólo buscaban — aun que inconscientemente algunos — la decadencia y ruina de nuestra querida España. Frente a tal invasión antiespañola alzó el tradicionalismo su bandera, uniendo en su actitud, para que el Derecho tuviera más fuerza, la defensa de la Legitimidad y la de los principios. En la España tradicional acudillada por el rey, don Carlos V, la que se levantaba — heroica gesta contra la España bastarda, falsa y extranjerizante, que entregando el trono al liberalismo, venía a destruir la institución monárquica que

fué consubstancial con la Patria y a dar la batalla al Catolicismo, fuente de las más bellas páginas de nuestra Historia.

No se transigió con el Carlismo; peño era y es, porque representa la verdad política y social y porque a su vez no quiso transigir con el error liberal que significaba la usurpación, la entrega de España a sus verdugos. «Si el Partido Carlista se liberalizase — decía el insigne Manterola —, de seguro se transigiría con él», pero si el Partido Carlista se liberalizase, renunciaría a su esencia y dejaría de ser lo que fué siempre y siempre será con la ayuda de Dios. ¡Lo que fué siempre, lo que siempre será! He aquí una afirmación que no fué ni es desmentida. Eso ha sido la Comunión Carlista, porque no podía ser otra cosa. ¿Cómo se iba a liberalizar si su razón de ser era la Legitimidad y su antiliberalismo? Lejos de liberalizarse — agregaba Manterola — pretende el Partido Carlista hacer ver a los católicos (?) liberales que necesitan dejar de ser liberales para continuar siendo católicos».

Catolicismo, mucho catolicismo, eso es lo que defendió el carlismo frente al liberalismo, que abría las puertas a todos los absurdos e inmundicias, porque el carlismo ha practicado fielmente la doctrina del Rey de Reyes, del Rey Sabio, de amarlo a Él sobre todas las cosas, y don Carlos VII, que como todos los suyos en esto fué inflexible, dejó sentado: «Nadie puede ingresar en mis filas si antes no ha ingresado en las de la Iglesia Católica; yo no quiero que me siga nadie si antes no sigue a Cristo y a la Iglesia; de lo contrario no reconozco y los declaro por este mismo hecho fuera de mi Bandera».

Por esta defensa inexorable de los principios y de la verdad católica, el Carlismo ha tenido vida y ha sido el único que quedó en España, mientras delante de él desfilaron los cadáveres infectos de sus enterradores en todos los tiempos y por eso también S. S. el Papa León XIII dijo a don Carlos VII: «NADIE TE PODRÁ QUITAR JAMAS LA GLORIA DE HABER DEFENDIDO LA CAUSA DE LA RELIGION EN LOS CAMPOS DE BATALLA».

TOQUE DE DIANA

Montserrat crisis de nuestra personalidad tradicional

Montserrat, feudo que los Condes de Barcelona concedieron a los monjes de Ripoll, fué después de los sarracenos, a fines del primer milenio, lugar de penitencia donde se retiraban los que por sus culpas eran castigados a penas de extrañamiento social. Poco a poco fueron surgiendo por distintos sitios de la abrupta montaña los refugios, las cuevas y más tarde las ermitas, donde estos separados del bullicio mundano, hacían vida de oración y reparación.

Más tarde, la Orden Benedictina estableció en Monistrol, junto al Llobregat, entonces Rubricatus, el primer monasterio, bajo el empuje del Abad Oiva. A este santo lugar acudían estos eremitas en busca de consuelo espiritual y también material. Todos los terrenos vecinos eran cuidados por la orden del **ORA ET LABORA** convirtiendo en vergeles, Olesa, Esparraguera y otros lugares que antes eran agrestes y desiertos.

Mientras Ripoll, Poblet y Santes Creus eran el centro religioso-político de la Edad Media y Moderna, Montserrat quedaba como un remanso de paz, dedicado a la oración y al trabajo según la regla de San Benito. En la Edad Moderna, trasladado a la cumbre de la montaña donde está ahora, va adquiriendo fama por toda la península y lo visitan los reyes y también miles de peregrinos de las más lejanas tierras, descollando entre ellos, San Ignacio de Loyola, que en él cambia su indumentaria militar por el tosco sayal.

En la Edad Contemporánea, Montserrat se agiganta. La desrucción de los Monasterios hermanos hace que todas las miradas se dirijan a El. Apesar del incendio que sufre por los ejércitos de Napoleón, no deja de ser el refugio y sitio de reunión de todos los patriotas catalanes. Venidos de las comarcas de Maresme, bajo los pliegues de las banderas de los Santos, mártires de aquella ciudad y de



Igualada presididos por un venerado crucifijo, dieron tal batida al ejército francés, que desde Barcelona se dirigía a Zaragoza, que inmortalizaron el nombre del Bruch, que bien pudieron esculpir:

**CAMINANTE DETENTE AQUÍ.
QUE EL FRANCÉS AQUÍ PARO
EL QUE TODO LO PASO
NO PUDO SALIR DE AQUÍ.**

En esta batalla estaba fundido el fervor religioso, el amor a la patria y la fidelidad al rey.

Tanto ha sido para la tradición catalana, Montserrat, que nuestro insigne Verdaguier le decía a la Virgen que allí se venera, «**DELS CATALANS SEMPRE EN SEREU PRINCESA DELS ESPANYOLS L'ESTRELLA D'ORENT**».

El Papa León XIII, al ver el creciente cariño que le tiene todo el Principado, le nombra **PATRONA DE CATALUÑA**.

Los carlistas hallaron en esta Santa Montaña, durante las tres guerras del siglo pasado, seguro refugio, pues teniendo Alfonso Carlos el cuartel general en Igualada tenía no sólo la mente en Montserrat, sino que era su esperanza siempre que se encontraba en apuros.

Más adelante los leales al Santo Trilema, se han congregado en Montserrat celebrando a su sombra prolectora sus grandiosos Aplechs.

Montserrat, es el corazón de Cataluña. Pintada por sus artistas, cantada por los poetas, invocada por los devotos y respetada por todos. Es símbolo de religiosidad, exponente de patriotismo y crisis tradicional.



P A T R I A



En solemne y público cumplimiento de la promesa que hice a V. M. nuestro bien amado rey don Alfonso Carlos, vengo en este momento inolvidable a renovar mi juramento de ser el depositario de la tradición le-

gítimista española y su abanderado hasta que la sucesión quede regularmente establecida. Mi juramento de sostener y guiar a la Comunión Tradicionalista Carlista española, debe cumplirse en la época más grave de su gloriosa existencia; pero como así la vida del rey llorado nos estuvo consagrada hasta el último trágico suspiro, así lo estará la mía hasta que Dios me otorgue la merced de terminar la misión de que estoy investido, tal como lo hubiera hecho el mismo rey, don Alfonso Carlos.

Al tomar la bandera que el Augusto finado ha puesto en mis manos me dirijo a todos, recordando que la Comunión Tradicionalista es católica antes que nada, patriótica en la unidad intangible de las variedades regionales, y esencialmente monárquica a través del curso fecundo de una historia milenaria y auténticamente española.

La sangre de nuestros mártires de otros días ha hecho brotar, generosa, la de una muchedumbre de nuevos mártires, que, ante el mundo desequilibrado de nuestros aciagos días, han mostrado a España levantándose en un arranque admirable de abnegación. La España que salvó a Europa rechazando a los moros; la misma que llevó a América la cruz y la civilización; la que impidió el dominio turco en la memorable ocasión de Lepanto. La misma que hoy llama con magnífico ejemplo a toda Europa para batir las bordas de los sin Dios y de los sin Patria, que intentaban el asalto y destrucción de la civilización y de la Cristianidad.

Vuestros gritos de «DIOS, PATRIA y REY» han unido a todas las fuerzas saludables en colaboración con el Ejército; unión que, por la fe y el valor de los requeñes, tendrá ya bastante garantía de no romperse, jamás, restaurando, por la amistad inquebrantable de los combatientes, la

armonía más fuerte que la vida, que es base de la justicia y sagrada utilidad del Ejército y cimiento de la verdadera vida de las naciones.

Subyuga el honroso ejemplo de energía de la joven generación, ahora en armas, queriendo, con plenitud de viril voluntad, reconstruir la inmortal España creyente en Dios y en sus destinos universales, sobre las bases incommovibles de la justicia, del orden moral y material y de la seguridad de todo bien, en prosperidad de la Patria común. El llamamiento del Rey y el mío se dirige a todos, y espero que sea escuchado más allá de las trincheras y de los odios.

De todos modos, por duros que sean los combates futuros, venceremos. Diríase que sólo cuando yo he estado a arroyo de la victoria dorar las cimas de la Patria, ha conseguido tomar descanso en la tumba el Augusto anciano, cuyo cuerpo tenemos aún presente y que fué el último vástago directo de la gran dinastía carlista de los legítimos Reyes de España. La victoria es ya segura, y sobre ella se asentará la paz fecunda; el porvenir está asegurado y no tardaremos en volver a este lugar para decir ante el sepulcro de V. M., presentando las armas: Señor, os hemos obedecido; la victoria está acabada. Os damos gracias porque habéis sido el padre vigilante y el guía prudente que nos ha preparado esta victoria. La Dinastía Carlista, primera rama de la Casa de Borbón, al extinguirse directamente, ha dejado cumplida su misión de salvar a la España eterna.

Al ascender al seno de Dios, no dejará V. M. de continuar guiando a nuestra querida España.

(Discurso pronunciado por S. A. R. el Príncipe-Regente D. Francisco Javier de Borbón, delante del cadáver de S. M. C. el Rey D. Alfonso Carlos I)

Flores de Montserrat

Hoy, a la blanca luz del lirio y al resplendente abrir los ojos al sol, os hallaréis encantados ante la naturaleza, como sublime la hizo Dios, de la Santa montaña de nuestro tan carlista Montserrat.

Entre tanto encanto que el Dios nos regala, con el manío que abre el fiende entre las albahacas y flores mil en todos los rincones de este monte, observad cómo también han subido con nosotros las blancas y delicadas flores, son como con pétalos de nieve y ceca de oro, son nuestras simpáticas Margaritas.

Aquí hay arrullos de fuente, céfros y pájaros; aquí en el corazón de la montaña, sentada en nuevo trono, hay una Madre que tiene palabras finas y tiernas para vosotros, amados Pelayos, que en esta fiesta, cada año inculca a los hijos de los Carlistas, que suben en «Aplech», santos amores que con cogellos y cumplirlos no hay duda son los mejores y han demostrado serlo en la continuidad histórica y política de nuestra Patria.

Hoy os habla desde estas páginas un antiguo millante de la Causa, en la lucha periodística, no con voz ronea de anatema lanzada contra las turbas liberales que continúan desgranando nuestro suelo. Mi voz, hoy trémula, arrollador en otros tiempos, aun vibra con el mismo ímpetu, porque el corazón es joven cuando está entre vosotros, aunque el físico no le acompañe.

La Tradición valerosa, noble, in-

sobornable, que arrulló nuestras cunas con sus cantos, cantándote los deberes y los amores para los Pelayos, es la que hoy veneramos después de la adoración a la «Moreneta», y es la voz autorizada, mis amados Pelayos, de nuestros Jefes a los pies de María durante este día, como amorosa os dice: ¡Pelayo, prepárate! ¡Adelante, requetés del mañana, defended con honor vuestros puestos, haceos dignos de nuestra historia! Nada de pactos con los errores de que siempre fueron traidores: recordad, mis amados Pelayos, que las causas son más sagradas cuando tienen sus Mártires y su Calvario propio. El Pelayo amante de nuestra Patrona, como aspirante a ser el hombre de la Comunion Carlista en el mañana, tiene que templarse en su fe mariana, hacer que en sus casas respectivas se rece en familia el Santo Rosario, cadena espiritual que nos une con el Cielo.

Visitad en un momento lo que será el Arca Santa y Tradicional, Monumento que guardará las reliquias de los héroes y de los mártires del glorioso Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, y escuchad desde el fondo de estos cimientos, que muy pronto se convertirán en Monumento y tumbas, que mudos os hablan: «Adelante hijos míos fieles, que un buen día florezcan los laureles vuestros, defendiendo a los pies de María, lo inmortal. ¡La única bandera permanente, que es la de nuestro Dios, la Patria, sus Fueros y el Rey.

«De liberales los hay, como sucede con el mal vino, de diferente color y sabor.»

(Del libro «El liberalismo es pecador», del Dr. Sarriá y Salvany)

«Es la voz de la maniobra comunista que tiene resuelto, decididamente resuelto, atentar contra España. Es la voz de alerta.»

(D. Manuel Fal Conde, en Montserrat)

Los siglos de la Inquisición fueron los de los siglos de los grandes sabios, literatos y guerreros españoles.

"Aplech" Carlis

Año tras año reciben estos Aplechs a Montserrat nuevo impulso. Pero no es impulso de un día, efervescente y bullicioso, que luego pasa. Es un impulso constante, continuo, que no decae, sino que fumenta con seguridad y firmeza.

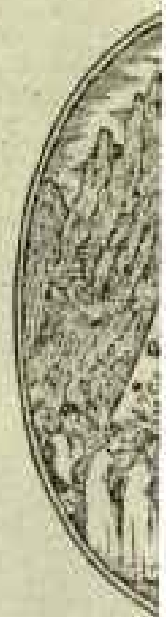
Por esto, los Aplechs Carlistas a Montserrat son, año tras año, el exponente del sentir nacional que está en pie: la lealtad viva, inextinguible, a la Causa Santa de la Tradición.

El Carlismo catalán tiene una deuda con la Virgen Moreneta. Mas bien la tiene el Carlismo español. Y España entera.

Aquel laureado Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, cuyos hombres y bandera llevan hoy por su valor y honor de nuestra Cataluña, la Cruz Laureada de San Fernando, vencedor en las batallas de liberación de la Patria, héroe ejemplar en sus empeños bélicos, fué el compendio del amor de todos los carlistas catalanes a la Reina de su Principado, Amor a la San Religión, a la Patria, a los Fueros y al Rey: a todo cuanto de noble y de santo puede haber en los pechos de los verdaderos españoles.

Pero estos Aplechs montserratinos no sólo tienen el valor de una promesa cumplida: la de los combatientes en el Tercio. Tienen un valor y un recuerdo de aquel Aplech del mes de noviembre de 1935, en el que Fal Conde, Zamanillo..., los Jefes del Tradicionalismo (los mismos de hoy, salvo los que dejaron libre su puesto al tublear con su

misma sangre la última firma de lealtad al Ideal), dieron por primera vez sobre el suelo español y ante los representantes del Carlismo de toda España, el grito de combate que había de culminar en la gesta épica de la Cruzada que comenzó el año de 1936.



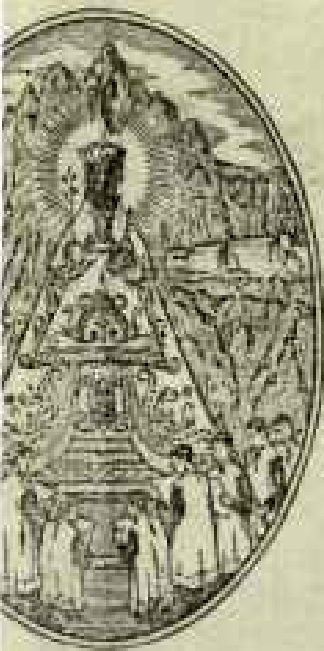
Montserrat es deuda de catalanes y deuda de españoles. Por eso se sucede, siempre con fervor creciente, estos aplechs que comenzaron en fecha inmemorial, el año 1876, con la prامة hecha y cumplida por los voluntarios de Tristany.

sta a Montserrat

Pero no sólo es deudor de los carlistas solos; lo es de todos los españoles. La Moreneta, no sólo se contentó con ser luz en la reconquista catalana y señora de sus soberanos. Quiso serlo también de España; y de su montaña santa salieron los primeros monjes que marcharon a la

Y a la Virgen de Montserrat no debemos acudir ni aun sobrándonos nuestra doble condición de carlistas y de españoles; a Ella hemos de ir también como católicos. Dice una vieja leyenda que las Montañas de Montserrat cruzieron de ira el día en que Jesucristo fué crucificado, indignadas por tanta infamia. ;Los hombres fueron de roca ante la muerte del Salvador, y las rocas se revelaron contra la ofensa inferida al Creador y Señor del orbe!

Y como católicos, como españoles y como carlistas debemos presentarnos siempre en Montserrat, por todo lo que representa, por todo lo que la Virgen es para nosotros, y para que la Señora, dulce y amable, pequeña y morena, haga sentir en nuestros pechos esa indignación santa que sintieron sus montañas, para que a la vista de las miserias y maldades humanas que pueblan el mundo actual, luchemos, cada día con más brío, con más abnegación, pese a quien pese y cueste lo que cueste, a las órdenes siempre de nuestro amado Regente don Francisco Javier de Borbón, por la Causa de la Tradición, por la que los Pelayos juramos morir, seguros de que nuestra lucha es para conseguir la paz de Cristo y su Reino en nuestra España.



Evangelización de las Américas y ante Ella suplicaron su intercesión maternal santos de la talla de Ignacio de Loyola, de José de Calasanz, reyes de la alcurnia de Felipe II, y hombres de la grandeza de Juan de Austria.

«Con nosotros no hay quien pueda, porque poseemos la verdad».

(D. Miquel Tal Comde-en Montserrat)



FUEROS



San Quirico de Besora

Una de las más brillantes páginas militares de las guerras carlistas en Cataluña, por las circunstancias que en ellas concurren y por las consecuencias a que dió lugar, fué la ocupación de San Quirico de Besora. Situado entre las poblaciones de Vich y Ripoll y por su posición sobre un río, teniendo algunas fábricas, consideraron los liberales fortalecerle y guarnecerle. Defendiéndolo dos Compañías del Regimiento de América, cuando el 7 de julio de 1875 lo atacó el Jefe Carlista Savalls, rindiendo al pueblo a los primeros cañonazos, con la condición de que la guarnición quedaria libre, como así lo cumplió nuestro Jefe. Los liberales marcharon a Vich y los vencedores se marcharon en dirección contraria. Los soldados puestos en libertad encontraron a poca distancia a la columna mandada por el coronel don Miguel de la Vega, compuesta por el Batallón de Cazadores de Tarifa, una sección de Regimiento de Artillería a caballo, dos cañones y dos batallones de cuerpos francos, que venían a ser unas brigadas internacionales de nuestros tiempos, gentes de los países más adelantados y reconocidos de prestigio. Creyendo que los carlistas continuaban en San Quirico, resolvieron sorprenderlos, para lo que rodearon la villa y empezaron los cañones, disparando sobre los lugares que ellos creyeron fueran más estratégicos, mas pronto supieron que sus enemigos se encontraban ya en dirección a Ripoll, y en el acto, sin permiso de su Jefe, coronel Vega, se precipitaron sobre el indefenso pueblo, entregándose a toda clase de desmanes contra los pacíficos habitantes.

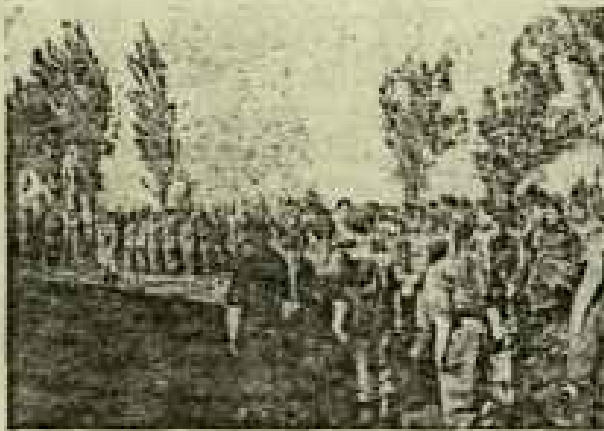
El jefe liberal intentó por cuantos medios estaban a su alcance contener a los bandidos, pero nada pudo lograr; los moradores fueron objeto de los más atroces tormentos, y, después de saquear y violar, penetraron

en la Iglesia del pueblo, profanando las Sagradas Formas, robando cuanto fuera de valor, saliendo con las vestiduras sagradas, parodiando las ceremonias religiosas, otros prendieron fuego a muchas casas, envolviendo el pueblo en una verdadera nube de humo y llamas.

Los vecinos, consternados, huyen pidiendo a Dios el castigo a aquella profanación, y algunos encuentran camino de Ripoll a la columna de los Carlistas, explicándoles lo sucedido. Inmediatamente vuelven sobre sus pasos, enviando una avanzada de dos batallones de fusileros y un escuadrón a caballo. Los saqueadores e incendiarios, al oír silbar las primeras balas, no tuvieron valor para esperar a sus perseguidores, emprendiendo veloz retirada y saliendo del pueblo en tropel para alcanzar la carretera de Vich; la vanguardia carlista rompe fuego trayendo contra los forajidos y una carga de caballería les causa las primeras bajas; los liberales quieren salvar lo robado, y sólo piensan en huir; unos son muertos a balazos, otros al arma blanca, en una carga a la bayoneta, y antes de que el resto de la fuerza llegase, la vanguardia había limpiado y derrotado al enemigo, sembrando el campo de cadáveres, sin que por su parte tuvieran baja alguna.

Al reconocer a los cadáveres, vieron los carlistas que todos los muertos llevaban visos sagrados, alhajas robadas en la Iglesia o caudales y efectos pertenecientes a las casas saqueadas, por lo que recogieron pidiéndoles dichos efectos y los devolvieron a la Iglesia o a sus dueños, entrando en la población para ayudar a los vecinos en la faena de apagar los incendios, que amenazaban con convertir la villa de San Quirico de Besora en un montón de cenizas en nombre de la «Libertad, Fraternidad e Igualdad», que ya en aquellos tiempos estaban en boga.

El Herido



Arde la guerra civil en uno de sus periodos agudos, de los más pródigos en gestas heroicas. Se lucha en el Norte, y de un modo especial en el menudo pueblo de Pucheta. Y en sus alturas, tras de los parapetos de San Pedro Avanto y de Montaña.

En Pucheta, protegida la aldea por sus defensas naturales y por el arrojo de sus habitantes, la batalla es enconada y, sobre todo, sangrienta. Personalmente toman parte en ella, por un lado, S. M. C. el Rey Don Carlos de Borbón, que no conoce rival, sereno, magnifico. Por otro lado, el general don Francisco Serrano, audaz, arrollador.

El choque forzosamente debe revestir caracteres épicos y momentos sublimes. Es el 27 de marzo de 1874.

En las filas carlistas suceden las bajas úñas tras otras. Las granadas enemigas dibujan tragica la cinta roja de sus victimas. Los sillares del campanario de San Pedro Avanto caen al choque con los proyectiles, pulverizando al caer cuanto cogen debajo. Tras la iglesia de Santa Juliana se apolotonan, en violenta confusión, los hiridos, que esperan, bajo el signo de la muerte, ser conducidos a los hospitales de Santurce y de Urdiale. Enfermeros que no acuden, porque todos luchan por la victoria soberbia y definitiva.

II

Si, aquellos hombres eran hombres de otros tiempos. Es una hilera de heridos. Una cadena de camillas, que, con sus eslabones hechos de re-

síduos humanos, sostiene y levanta en vilo a una España que nace, que resurge. La carretera de San Juan de Somorrostro a Portugaleta y a Bilbao es el puente que une el campo de batalla con el hospital de sangre. Procesión interminable, en que las quejas de los que sufren parecen entonar un salmo funerario entremezclando unos acordes nupciales en que la Pálida festeja una gran boda. ¡Los desposorios de la Muerte!

Don Carlos de Borbón avanza por la carretera. Flota al viento su barba negra, tan española. Los ojos oscuros fulgen entristecidos. Pero brilla en ellos, encendida siempre, la llama de un ideal noble y grande, tan grande, que cabe en él su idolatrada España. No lucha por el Trono, que si no ha de ser una poltrona no puede tentar la codicia. Lucha por una España católica que heredó de sus mayores. Pero él no ama, no puede amar la sangre. Y con pena recorre, ofrendando consuelos, la hilera interminable de victimas. Para todos tiene palabras. A todos hace preguntas. Y se interesa por la importancia de sus heridas. Es éste el resto del Cuarto Batallón de Castilla que se ha batido con fervor heroico. Varias camillas, en las que asoman rostros lacerados teñidos de grana, avanzan penosamente. Don Carlos se acerca a un valiente que sonríe. Es uno de los Tenientes del Batallón de Castilla. Un hombre joven, pálido, tranquilo. Casi desvanecida la mirada, el rostro forzosamente contralido en una mueca con la que quiere domar y reducir el dolor. Triunfa de él con su sonrisa dulce, que, en aquellas circunstancias, sólo puede ocasionar la satisfacción de un deber cumplido honrosamente.

El Rey Don Carlos le pregunta:

—¿Qué tienes muchacho?

Y el joven Teniente, hombre de otros tiempos responde unas palabras que merecen ser esculpidas con oro en el libro de la gloria de las guerras carlistas.

—Ahora, Señor, sólo un brazo para servirlos...

Don Carlos levanta la sábana que cubre a su soldado. En efecto: le falta un brazo, el brazo derecho. Y arrancado de cuajo por un casco de granada...

REY



Don Carlos VII nació el 30 de marzo de 1848, en un hotel de Laibach (Estiria, hoy Yugoslavia), siendo sus padres el Infante D. Juan de Borbón, hijo de D. Carlos V, y la Archiduquesa María Baetrix. Estos anduvieron errantes por Europa a causa de la revolución de 1848, que desarticuló casi todos los Estados. Por fin, fijaron su sede en Londres, donde nació nuestro último Rey D. Alfonso Carlos.

Don Carlos VII se educó en la Corte del Duque de Modena, al lado de la Princesa de Beira, su abuela política, segunda esposa de Carlos V. Su primer preceptor fué el Padre Cabrera, quien le infundió amor intenso a todo lo español, admiración para nuestra historia y veneración hacia los héroes y mártires del Carlismo. Más tarde fué llevado D. Carlos a Praga, donde no se le permitían las visitas de sus partidarios españoles; pero en 1863 se trasladaron madre e hijos a Venecia, donde fijaron su residencia; allí vivía con su tío carnal, el Conde Chambord (Enrique V de Francia). Poco más tarde fué a vivir a Venecia la familia ducal de Parma, cuya hija Margarita, conocido entre los carlistas con el nombre de «Ángel de la Caridad», fué la que la Providencia tenía destinada por esposa de nuestro Carlos VII. Desde Venecia dirigió una carta a su padre D. Juan III concebida en estos términos:

«Mi muy querido padre: Permita usted - mi hijo - que le amo abrirle su corazón sobre un asunto de la mayor importancia.

Sólo Dios sabe cuánto me cuesta hacerle a usted una pregunta y pedirle una declaración que pueda en algún modo disgustarle; y si no me lo impusiera mi conciencia y los deberes que tengo hacia tantos españoles afectos hacia nuestra familia, nunca me hubiera determinado a dar semejante paso. Sin más preámbulo voy, pues, al asunto.

Sabe usted, mi querido padre, que hace algunos años, con fecha 27 de julio de 1862, se publicó una carta atribuida a usted y dirigida a nues-

tra prima Isabel; carta que trataba de su sumisión al actual Gobierno de Madrid, haciendo por sí y por su descendencia una solemne renuncia a sus derechos al trono de España. El silencio sobre tal publicación, no declarada apócrifa por usted, me hace dudar sobre su veracidad, que hasta ahora me repugnaba admitir. Esta incertidumbre, en materia de tanta importancia, no debe ni puede prolongarse indefinidamente. El partido Carlista exige, con justa razón, saber quién es hoy su jefe, y si usted, renunciando a sus derechos, no quiere serlo, yo lo soy desde este momento. Debo, pues, con todo respeto, rogar a usted que se sirva decirme si la publicación indicada es falsa o convenir francamente en que es suya.

El silencio de usted equivaldría para mí y para nuestro partido a la confesión de que el acto que se le atribuye es cierto, a pesar de que el Gobierno de Madrid no lo haya querido publicar oficialmente, porque le interesa demasiado desorganizar a los nuestros, manteniendo la duda en un punto tan importante. Suplico a usted, querido padre, dispense a un hijo que le respeta el que cumpla con un deber tan esquivo como penoso y rogando a Dios le conceda salud y toda clase de bienes, besa a usted respetuosamente las manos y queda de usted afectísimo hijo, Carlos.»

Como D. Juan nada contestó, quedó D. Carlos designado abanderado de la causa Carlista.

En 1867, casó D. Carlos con doña Margarita, contando él dieciocho años y ella diecinueve. En 1868, la Revolución de septiembre destruyó a doña Isabel, y el Carlismo resurgió con más de 100 periódicos, inspirados por Aparisi y Guijarro, Cándido Nocedal, Navarro Villoslada, etc.

Hasta su fallecimiento, acaecido el 18 de julio de 1909, su noble y decidida actividad fué constante, habiendo dejado oír su voz en cuantos acontecimientos sobrevinieron en España.

**EN
BUENAS
MANOS**



«Cuando se pasa delante del partido
Carlista, hay que descubrirse como
cuando se pasa delante de la estatua
del Honor.» — Aparisi Gujardo.)

Un amor ideal y una Fe ardiente
dieron vida política al Carlismo.
Sucédense los años... ¡y lo mismo!
¡Siempre igual! ¡Siempre igual! ¡Constantementel

Ni se arredra ni rinde, ni en su frente
pone sombras de tedio el pesimismo
con su Lema inmortal y su heroísmo,
suyo el triunfo será infaliblemente.

¿Quién fué el cobarde que anunciara un día
su «muerte» prematura?... ¡Sueños vanos!
¡Insensata y mentida profecía!

Callad, callad, oráculos profanos,
que, por salvar a España... todavía
el «Muerto» sigue en pie... ¡Y en buenas manos!

De broma



PIPO Y TOTÓ

- Pipo. — ¿No te gustaría jugar?
- Totó. — No sé si me acordaré. De paqueñito (rozando la mano al suelo) así, que no he jugado.
- Pipo. — No importa. No importa, yo te enseñaré...
- Totó. — Ahora me acuerdo que el año pasado jugué.
- Pipo. — ¿Sí? ¿A qué?
- Totó. — A la lotería de Navidad y no me tocó porque fui listo.
- Pipo. — ¿Por que fuiste listo no te tocó nada?
- Totó. — Claro, hombre, claro.
- Pipo. — No lo comprendo.
- Totó. — Porque eres muy tonto.
- Pipo. — Quizás tengas razón. Tú eres listo, explícamelo y nos entenderemos.
- Totó. — Yendo de paseo vi un cartelito en una administración de loterías que decía: «Quien juega en esta administración gana dinero». Y yo dije entonces para mí capote: «No irán mal unas pesetillas». Y sin perder tiempo me puse a jugar y en los «escarapates»...
- Pipo. — (Corrigiendo). Escarapates.
- Totó. — Bueno, sí, en los «escarapates» de aquel estab «cimiento».
- Pipo. — ¡¡¡Hombre!!!

Totó. — No hacía tres minutos que estaba dándole a la pelota, cuando salió el administrador, un hombre bigotudo y más feo que pegar a un hombre que no sea de la F. E. T. y de las J. O. N. S. y me arreó una «pedrá», que si no soy listo me toca en mitad de la cabeza.

Pipo. — ¡Caramba!

Totó. — Si no andó ligero, me toca, ya lo creo que me toca. Ahora fíate tú de los cartelitos.

• • •

Pepe. — ¿Qué es una cosa blanca por fuera y amarilla por dentro?

Julio. — Hombre, es un huevo.

Pepe. — No. Un chino envuelto en una sábana.

• • •

D.^a PETACA VACIA DE TABACO

Ha muerto en el momento de terminarse el último cigarro sin recibir los auxilios del estanco

(E. P. D.)

Su desconsolado esposo D. Puro Habano; madre política D.^a Pipa; hija legítima Srta. Cajetilla de Trenticinco; hermano político Dr. Caliqueño (ausente) y la razón social «Pipo y Pipa» ruegan a sus amigos, conocidos y a usted en particular se sirva darme un cigarro y me dé su tarjeta de racionamiento para ir socorriendo a tan desgraciada familia.

No se invita particularmente
El duelo se da por despedido, con una cerilla.

• • •

COLOR DEL CIELO

Cielo rosado, buen tiempo.

Cielo rojo, mal tiempo.

Cielo azul oscuro, día sombrío y ventoso.

Cielo azul claro, día brillante.

Cielo amarillo, lluvia.

«Dios, que quiere decir sencillamente soberanía social de Jesucristo y catolicismo integral. Patria, que quiere decir abnegación a los intereses de cada uno de nosotros en aras del bien común. Fueros, amigos que quiere decir libertad y dignidad humanas, personales y colectivas, el respeto de la propia dignidad, el respeto de la propia libertad. Y el Rey, amigos, que hoy es Regente, porque el Carlismo, demasiado lo sabéis, está hoy encarnado en la Regencia de D. Francisco Javier de Borbón y Parma.»

(Palabras del Excmo. Sr. Jefe Regional de la Compañía Carlista de Cataluña, en Montserrat)

